

EPILOGO

Los orígenes remotos de este libro fueron muy concretos: siendo profesor de Filosofía en Costa Rica, deseé conocer lo que en este campo se hacía en los países vecinos. De ahí pasé a viajar por estos países, preguntar quiénes eran profesores y qué libros se publicaban. Poco a poco, a lo largo de un período de tiempo escalonado en unos ocho años, tuve que ir preocupándome por lograr un conocimiento del *habitat* de esos profesores y de esos escritores. Me encontraba ante conductas, netamente condicionadas, y de manera radical, por los problemas políticos y sociales. También de ahí, me dediqué a leer todo lo que de historia centroamericana podía encontrar. Muy a menudo, en lugar de leer simplemente las obras de filosofía, para luego contar filosofía, leía obras de carácter general, o simplemente literario o simplemente histórico, un poco a la expectativa de ver saltar en sus páginas una cuestión ideológica. Mi deseo era escribir una Historia de la Filosofía y me puse a redactar una Historia de las Ideas. Acaso, sospecho, lo que me ha resultado, no es tampoco simplemente de las ideas. No lo lamento. Las actitudes preconcebidas tienen que ceder ante la realidad que se examina. Digo esto, pues mi tesis, no inicial, sino conclusiva, es que la Historia de Centroamérica es todavía un acoso temprano en la construcción de la vida colectiva. Dicho con léxico usual: la fragmentación y la caída en el localismo, dadas en el siglo XIX, han venido siendo etapa previa hacia una necesaria "integración" futura.

Le tengo recelo a esta palabra "integración". Mi libro, sobre todo en la visión del siglo XX, es pesimista. Los problemas para llegar a madurar la convivencia son colosales. Y sin embargo, se aprecia la maduración colectiva, en cierto modo ganada en un subconsciente colectivo, de un proceso superador del localismo. El tema de moda, la "integración económica", solo se está realizando a un nivel muy superficial y casi de simple apariencia. No se trata de que yo des-

deñe la labor de industriales, comerciantes y economistas; es muy apreciable y digna de encomio. A lo que me refiero es a algo mucho más hondo.

Bajo una aparente igualdad, esquematizada en el idioma castellano, en una superestructura eclesiástica católica, y en un folklore a veces similar, las realidades de la vida cotidiana nos muestran pueblos aislados entre sí, que no se conocen y que durante un siglo no han deseado conocerse. Con la independencia, los pueblos habitantes de Centroamérica se encontraron ocupando lugares estratégicos, pero sin irradiación. Las distancias entre esos núcleos, además de ser grandes, estaban plagadas de dificultades orográficas. La caída en el localismo no fue ni un mal ni un bien. Fue un hecho, consecuencia de la escasez de población y de su concentración en torno a pequeños núcleos urbanos. Por eso, el XIX en Centroamérica fue de hecho un período de vigencia de la "Ciudad-Estado", situación enmascarada al usarse una terminología nacionalista. Es curioso el problema de la actitud durante cien años de los "unionistas". Aparentemente, los unionistas eran anti-nacionalistas: pretendían convertir su propia "nación" en provincia de una nación más grande. Incluso, ya en el XX, es un problema a veces en las Constituciones de los Estados, el intentar cohonstar el patriotismo hacia el Estado con el poder ser unionista. En realidad, esos nacionalistas eran localistas, y los únicos nacionalistas eran los unionistas. Costa Rica, por ejemplo, es una Ciudad-Estado, especialmente hoy día: una amplia "capital" (colgada en la montaña, la concentración urbana de unos veinte kilómetros de radio, con centro en San José), eje del desarrollo de los valles que descienden hacia los mares. El peso de las capitales, arrastrando a la población circundante, provocó este fenómeno. La tragedia de los unionistas, desde Valle a Máximo Jerez o a Salvador Mendieta, estribaba en que vivían esta realidad, pero chocaban en el lenguaje, impuesto por

ser moda internacional. Durante cien años, los intentos de esos unionistas fueron la realización, no de un Estado supra-nacional, sino de una nación. Me es ahora indiferente el problema, simplemente jurídico, planteado, cuando la creación de las "Provincias Unidas del Centro de América", de Federación centralista, o de Federación descentralizada. Todo el léxico era ajeno a las realidades vivientes.

Mediado el XX, son dos las coordenadas que han cambiado la situación: fundamentalmente, el crecimiento de la población; subsidiariamente, el impacto causado por las dos guerras mundiales y el desarrollo de los medios de comunicación. El crecimiento de la población ha provocado el contacto físico entre aquellas comunidades antes aisladas por la distancia. Es cierto que ese crecimiento de la población es tan desahogado que empieza a plantear problemas nuevos, y que acaso sean terribles. Pero, indudablemente, prescindiendo de los individuos, es colectivamente una fuerza colosal que empuja a la colectividad. Para poner un ejemplo, se han hecho caminos cuando hay hombres que con sus pasos reiterados imponen el camino al suelo; se hacen carreteras de cemento cuando los pasos reiterados son tantos que hay que reforzar el suelo para que soporte los pasos, las llantas de los camiones. No son los caminos quienes ponen en contacto a los hombres; son los hombres que están en contacto quienes crean los caminos. Y en Centroamérica ya los hombres empiezan a imponer los caminos.

Con esto, no pretendo decir que los planes gubernamentales o los aportes norteamericanos para la carretera panamericana logren un unionismo centroamericano. Precisamente, en este plano soy totalmente escéptico. Hoy es más penoso, administrativamente, el cruce de las fronteras, los gobiernos, hacen que, usando un lenguaje unionista y de mercado común, de hecho se dediquen a poner trabas. Voy a explicarme. Se dan grandes facilidades a un comerciante fuerte, a un ministro, a un profesor, pero el movimiento de la "gente corriente" es visto con el mayor recelo, e incluso con absoluto desprecio. A nivel del Consejo Superior Universitario Centroamericano o de la Odeca, se dan continuamente planes de buena voluntad para editar libros e intercambiar profesores;

en las fronteras, y en los correos, se requisan los libros indiscriminadamente, sin leerlos, y los profesores, si desean hacer un viaje por Centroamérica, necesitan de un salvoconducto de favor, para soslayar las trabas, aparentemente administrativas. Por esto, soy pesimista a nivel gubernamental. Además, las minorías gobernantes no son de calidad superior; por lo contrario, en general, son más valiosas las poblaciones calladas de campesinos, que esa minoría.

Y sin embargo, la presión demográfica empieza a ser tan intensa, que se impone. El viajar fácilmente por favor, al crecer, se irá convirtiendo en habitual y dejará de ser favor. Un gobierno que se mantiene sin respaldo popular, siempre ve con desconfianza a los viajeros, pues sus súbditos abren los ojos poco a poco precisamente en contacto con esos viajeros. Por eso, las fronteras tendrán que ir abriéndose inexorablemente; no por un tratado u otro, sino a empujones.

Creo no exagerar al afirmar que hoy Centroamérica se encuentra ante el imperativo que fue el gran descubrimiento liberal: el *Laissez Paser*. No es cuestión de teorías, sino de la exigencia gritada: dejad pasar. Y quienes no dejan pasar son los gobiernos, escudados en inercias administrativas.

El impacto del crecimiento demográfico tiene sus perfiles propios en Guatemala. En lugar de crecer la población de manera homogénea, como en los demás países, en Guatemala ese crecimiento es dúplice, y sus dos poblaciones se aíslan cada vez más. Es el mayor peligro que veo a Centroamérica, pues la integración biológica lleva aparejada en ese bello país una desintegración social. Un futuro, todavía remoto, y para mí totalmente oscuro, hablará. No tengo reparo en expresar mi opinión personal, idealista: debería realizarse la asimilación del indio, por todos los medios. O Guatemala obliga al indio a asimilarse, o perecerá toda Guatemala. Claro es que asimilar al indio quiere decir obligarle a hablar castellano, obligarle a alimentarse para superar en pocas generaciones la anemia de siglos, etc.

El impacto de las dos guerras mundiales ha sido fundamental. No tanto las guerras mismas, que a

Centroamérica solo dieron ventajas en dinero. Sino porque plantearon a la humanidad la convivencia de las naciones. El período entre esas dos guerras, y de manera aplastante en esta post-guerra, prohíbe de hecho a un gobierno el aislamiento. El desarrollo de los medios de transporte, los medios de comunicación y las Universidades, superpuestos al crecimiento demográfico, imponen a los gobiernos el abrirse. De momento, se han dejado tentar por los negocios fáciles, y con frecuencia se dan violentas convulsiones de marcha atrás, pero el conjunto de la marcha es inexorablemente de apertura mutua.

Por esto, en conjunto, soy optimista respecto al futuro de Centroamérica. De hecho se está iniciando la toma de contacto de unos pueblos con otros, de los intelectuales de unos países con los de otros, y, lo más importante, de los comerciantes, es decir, de los hombres de empuje. Y ante este proceso colectivo, no hay pequeñas oligarquías que resistan. La integración jurídica y la política se verán arrastradas por el proceso vital.

No considero decisiva la cuestión de la penetración norteamericana. Es un hecho, ciertamente. En conjunto, para la realidad de la vida cotidiana, beneficiosa. Y reconozco esto sin simpatía de mi parte. El problema es otro. Los pueblos del Caribe decidirán, y seguramente no será antes del siglo XXI, si se norteamericanizan, integrándose en el "destino manifiesto", o si "caribeñizan" a los Estados Unidos. En mi opinión, no es cuestión de teorías políticas, sino de procesos vitales colectivos. Sospecho más probable lo segundo, por los ritmos de crecimiento demográfico.

La región que pudo haber sido eje de Centroamérica era Guatemala y, si asimila al indio algún día, puede todavía jugar ese papel. Pero por el momento, se va delineando más bien el territorio que incluye del Salvador hasta la meseta entre los lagos de Nicaragua. Costa Rica, por motivos orográficos, siempre será problema. Panamá, por motivos terráqueos, siempre será problema.

**

Si el pasado sirve en algo para prever el futuro, es sostenible que Centroamérica no es un eje de poder en el mundo. Su condición orográfica es de mediación y de obstáculo al tránsito. Tanto en el período precolumbino, como en el colonial español, como en el siglo XX, su situación se halla mediatizada por ejes de poder externos. Esto condiciona sus formas de vida, que siempre se han visto impulsadas por ritmos humanos más amplios. José Mata Gavidia señala, y con acierto, que en el siglo XVI lo que sucedía en la Capitanía de Guatemala repercutía en la historia universal; pero esto era cierto por la presión directiva de la Corona Española. Es de tener en cuenta que la Capitanía General no dependía de ningún Virreinato, sino directamente de la Corona, y el Capitán General tenía a tratamiento de Virrey; sin embargo, es general el error, acaso por información deficiente, de suponerla dependiente del Virreinato de México. Y este habitual error es significativo. Como el crecimiento demográfico en México y en Colombia es casi similar al de Centroamérica y sus coeficientes son mucho mayores, el istmo entero continuará jugando papel de istmo y no de núcleo. El peso de los dos subcontinentes solo será equilibrado cuando el Caribe entero llegue a jugar un papel centrípeto y cuando la presión demográfica en Centroamérica obligue a ésta a mirar al Caribe. Mientras tanto, seguirá siendo zona orbital.

Sin embargo, lo anterior se refiere solamente a las zonas de poder. Ello no quiere decir que culturalmente deba suceder lo mismo, pues en la historia no siempre han coincidido.

**

La tan repetida caída en el localismo, consecuencia de la ruptura del poder cohesionador de la Corona española, fue fecunda en un aspecto fundamental: el de toma de conciencia de las raíces de la tierra misma. Esa caída lo fue, desde un plano de integración colectiva racional. Desaparecido el nexo unificante, los hombres concretos volvieron a vincularse exclusivamente con su *habitat*. Y esto fue fecun-

do, al menos viéndolo ya entrado en el siglo XX. En mi opinión, la generación de "paganos", desde Gavi-día a Asturias, es la culminación de esa madurez. Por eso, considero que la etapa de las Ciudades-Estado entra en crisis; precisamente su maduración implica necesidad de su superación. El problema peculiar de este proceso en el caso de Centroamérica (se da también en otros lugares, como Brasil) reside en que el paganismo choca, al menos levemente, con los procesos de racionalización del crecimiento demográfico en los países industrializados. Actualmente, el paga-nismo es difícil en el plano teórico, pues ya la huma-nidad no necesita rendir culto a Príapo para multipli-carse. La sexualidad desbocada, auténtico paganis-mo vivido, es ritmo colectivo necesario para poder tener fuerza como colectividad, pero nefasto para la in-dustrialización, es decir, para la racionalización del *habitat*.

Es significativo que lo que podría llamarse Filo-sofía académica, la de las Universidades y los libros de corte intelectual, es netamente internacional. Es cierto que ello sucede en todo el continente, incluso en los de nacionalismo más exasperado, como Méxi-co o Argentina, e incluso igualmente en los Estados Unidos. En el caso de Centroamérica, se ha llegado al extremo de que los escritos de mentalidad mágica, como los de Asturias, están escritos para que los lean quienes no tienen mentalidad mágica, pues los indios de Guatemala son precisamente quienes no pueden leerlos. Con ello, lo que podría ser eclosión del pen-samiento local con raíces telúricas, de hecho se eleva a pensamiento internacional. Entre otros motivos, bastaría el de no tener un idioma exclusivo.

¿Ha aportado algo Centroamérica en el mundo de las ideas? A esta pregunta, si exceptuamos a Ru-bén Darío, probablemente habría que contestar con la negativa. Esta respuesta no es peyorativa, pues su historia es demasiado corta y se halla todavía hacia el futuro, tal como más de los cuatrocientos.

Sin embargo, y aparte del interés erudito, Cen-troamérica ofrece ya una galería de figuras interesan-tes. Y no me refiero ahora a la creación literaria. Aun-que sé que con esto me procuraré todavía más discus-siones y acaso denuestos, no puedo resistir la tenta-

ción de enumerar las figuras en mi parecer descollan-tes: Guatemala, Pedro Molina, Gómez Carrillo, Mi-guel Angel Asturias; El Salvador Masferrer y Gavi-día; Honduras, Valle y Morazán; Nicaragua, Rubén y Sandino; Costa Rica, José María Castro, Ricardo Ji-ménez y Brenes Mesén; Panamá, Justo Arosemena. Como figuras grandes, Rubén. Como filósofo en un sentido estricto de la palabra, Justo Arosemena. Co-mo forjadores de pueblos, todos los enumerados.

¿Filosofía propia? Para mí eso no tiene sentido. No hay filosofías propias de un pueblo, después de haber ya filosofado los griegos. Como esfuerzo, y grande, de adentramiento telúrico, el de la generación de tránsito del XIX al XX, los grandes paganos, reac-ción positiva frente a la caída en localismos del XIX, y al fracaso de la generación que se hizo cargo de la independencia.

Personalmente considero positivo que la Filo-sofía hecha sea universal. Ya, en el rincón más peque-ño, a través de cada hombre se piensa la humanidad como especie, y la filosofía no puede ya tolerar más coloraciones que las de las categorías racionales.

El mayor obstáculo, para construir filosofía, en Centroamérica es todavía de índole política. La pre-sencia de regímenes de fuerza, más o menos enmas-carados (todos menos Costa Rica), dificulta el libre pensamiento. Y sin éste no hay filosofía. Obsérvese que tampoco libre pensamiento.

Y sin éste no hay filosofía. Obsérvese que tam-poco hay teología, de hecho. Los intelectuales se en-cuentran ante dos obstáculos insalvables: la coerción política y la falta de medios. Con frecuencia, la sim-ple expresión "derechos de la persona humana" es motivo de celos y a veces de censura. Los medios son tristes, cuando se dan. Por ello, considero de mu-cho mayor mérito todavía el esfuerzo de quienes en esas condiciones se esfuerzan por elevarse y dar a los demás el sereno ánimo del filósofo.

Pero el proceso es reversible. Precisamente hay falta de libertad de pensamiento porque los pensado-res han sido débiles. Solamente cuando los pensado-res impongan su exigencia de pensamiento libre, ha-brá filosofía en Centroamérica. La generación que se hizo cargo de Centroamérica con la independencia, e-

ra prácticamente una generación de profesores de Filosofía. Se dejaron desbancar y se dió la pérdida del pensamiento. En lo que resta de este siglo, los pensadores, los filósofos, sean lo que sean profesionalmente, tienen ante sí la tarea de provocar la "revolución cartesiana": la exigencia de la racionalidad en la vida colectiva.